



J O S E

ENTRE las figuras del nacimiento, tiene la del Patriarca José una significación, un valor fundamental. San José representa la varonilidad, es el bordón que sostiene y armoniza toda la maravillosa estructura del portal de Belén. Su modestia querría ocultarse a los ojos de los pastores, de los ángeles o de los Magos. El se mantiene discretamente en segundo término, presto a acudir al primer llamamiento de la Madre o a la primera sonrisa del Niño para él florecida. Pero mientras tanto, José, apoyado en su báculo o con la vara florida en la mano, apenas se atreve a situarse al otro lado del pesebre, como para no descomponer la armonía del grupo. Y, sin embargo, el nacimiento le necesita. Grande o chico, rubio o moreno, recia o tenuemente barbado, anciano o juvenilmente maduro, ahí está el Patriarca, el que da el nombre, el linaje, la casta, la honra a la Esposa y a la Criatura, el eje civil de la Sagrada Familia.

Los niños han acudido con sus padres en los días últimos del Adviento en busca de las figurillas de barro, porque hay que renovar el belén, porque la inocencia del más pequeño rompió tal Rey Mago o descabalo cuál bestia del establo. El nacimiento de año en año se complica, se enriquece con nuevas adquisiciones, sustituciones, anacronismos, fantasías en las que gozan tanto como los críos los mayores. Y ha llegado el momento de pensar en San José. Porque el Divino Niño es bastante robusto; mide, echadito en su cuna, la talla de un pastor, y María también le contempla crecida en proporción; pero San José, el humilde, es un resto de la primera versión diminuta, cuyas figuras se han ido quebrando y hay que auparle y ampliarle hasta el equilibrio de columpio de la cuna y de dignidad paterna. Y de la paja y viruta del josefino oficio

se desembala la primorosa y napolitana estatuilla, tan graciosa de policromía parda y verde, sonriente y bondadosa. El otro San José, el viejo y desmeдрado, quedará para otra escena del retablo simultáneo que es el nacimiento y podrá completar algún rincón en que se represente, por ejemplo, la búsqueda del Niño hasta el templo o la carpintería de Nazareth. Y todavía habrá que repetir a San José en la maravillosa escena paisajística de la huida a Egipto, con la palmera, el arroyo y el asnillo.

Y está muy bien así el nacimiento, tal como ha venido a quedar en la tradición viva española que reina desde el siglo XVIII, el gran siglo de la exaltación en la devoción al Santo Patriarca. Se ha llegado ya a una plasticidad convencional muy superior a la imaginería en gran formato de los santos de talla repintada para altares, que no ha sabido encontrar ese punto entre lo popular y lo barroco, entre lo gracioso y lo tierno, facilitado en la figura del belén por lo exiguo de las dimensiones.

Hasta llegar a esa rusticidad levantina y mediterránea, cuánto camino recorrido en la plástica popular y en la iconografía de tablas, óleos, retablos en relieve y grupos escultóricos de la última Edad Media, el Renacimiento y el manierismo. La figura de San José, su papel en la «Representación del Nacimiento de Nuestro Señor» no ha cesado de crecer siglo tras siglo, siempre apoyado en las sobrias, pero justas palabras del Evangelio, llenas de solemne dignidad y de misterio biográfico. Hay un síntoma muy expresivo para medir ese favor y esa devoción de nuestro pueblo, siempre en aumento. El nombre de José es rarísimo en los primeros siglos de nuestra onomástica

y sólo empieza a menudear en el siglo XVI y sobre todo en el siglo XVII. Al llegar el XVIII, José, ya en esa su forma castellanizada, ya manteniendo la efe final, Josef, o italianizado en el Pepe, abreviación del Giuseppe o del Josep catalán, invade, inunda, colma los registros parroquiales y el censo de los hombres ilustres de España. Y hasta nuestros días no cesa de crecer todavía más propagándose ya solo o ya en las diversas formas de composición con otros nombres, empezando por el más grato y dulce de todos, el de su María.

Precisamente va a ser un José, un Josef, quien nos va a dar la más delicada y espléndida muestra de la devoción josefina: el maestro Josef de Valdivielso, el amigo y discípulo toledano de Lope, el autor de ese portentoso, florido e inagotable nacimiento en poesía que es su poema «Vida, Excelencias y Muerte del gloriosísimo Patriarca y Esposo de Nuestra Señora, San Joseph». En los veinticuatro cantos del frondoso belén de Valdivielso no falta una sola figura de nacimiento y si se piensa qué incierta andaba todavía a la sazón la arquitectura, el canon vacilante del nacimiento, tal como nosotros lo conocemos, nos pasma la autenticidad de la inspiración popularmente española del profeta y poeta Valdivielso. Allí encontramos a José en las más variadas actitudes y escenas, desde su nacimiento

hasta su muerte. El portal de Belén se anima como en cinematógrafo con relieve de colores:

Coge el santo las húmedas serojas guardadas a los pies de la muralla, coge de palma y cedro algunas hojas que a un rincón de la cueva juntas halla; la cera aplica de las luces rojas, las serojas resisten la batalla, la llama vence y al contrario arruga; llega la Virgen y la ropa enjuga.

O quizá José trabaja en su carpintería y de aprendices acuden los ángeles, antes de que el propio Niño, ya talludito, juegue a ayudarle en menesteres de cepillo y sierra:

Cuál el madero para aserrar tiene, cuál le sirve el escoplo o el cepillo, cuál del cuartón cargado humilde viene, cuál le da el cartabón, cuál el martillo, cuál en coger astillas se entretiene llenando humildemente el esportillo, cuál cepilla, cuál asierra o clava y cuál la dicha de Joseph alaba.

Así andan los ángeles en el nacimiento en verso de Valdivielso y así el Patriarca sufre y se asombra en la Circuncisión o huye a Egipto, o antes, bajo la luz gloriosa y nevada de la Noche de Gozo, adora al Niño y le toma en sus amorosos brazos o le deja recostado sobre las pajas de oro y miel. Hasta que el animado nacimiento vuelve a reposar y a quedarse inmóvil sobre el musgo y el cristal, y San José se queda sonriendo en su barro pintado de primer Adán cristiano, humilde y necesario al borde de la cuna.

ILUSTRACION DE NARRO